

Capítulo LXXIV.

Coincidencia.

Diego Mendez pasó toda la noche sin poder conciliar el sueño.

Calculó el tiempo que podía tardar el indio en cumplir su escargo y volver con Sagredo, y hasta entonces contuvo su impaciencia.

Pero trascurrieron algunas horas más, y su ansiedad no tuvo límites.

Resolvió ir al encuentro de Azcala, y ya iba á ponerse en camino, cuando oyó la voz del indio.

Poco despues se presentaba Sagredo á Mendez, y los dos antiguos amigos se confundian en un afectuosísimo abrazo.

Azcala aguardó las órdenes de su amo.

—Vigila los alrededores,—le dijo Mendez,—y preparáranos algunos alimentos.

Los dos amigos quedaron solos.

Como por el diálogo que entablaron pueden mis lectores saber algo acerca del pasado del nuevo personaje que tienen en escena, voy á reproducirlo.

—¡Qué sorpresa he experimentado,—dijo Sagredo,—al saber que os hallábais aquí!

—No habrá sido mayor que la mia,—contestó Mendez.

—Os contaba entre los muertos.

—Pues yo estaba tan preocupado, que ni siquiera os contaba entre los vivos.

—Ante todo... dadme noticias del almirante... ¿Vive?...

—Sí...

—Han corrido en España rumores de su muerte.

—¿Venís de allí?

—¿No os lo ha indicado el indio?

—Es cierto.

—El almirante sólo es quien me ha decidido á embarcarme, á pesar de mis años.

Mendez miró con afecto á Sagredo.

—Siempre leal y bueno para con él,—le dijo.

—¡Qué quereis!... Dios me ha dado un corazon que sabe agradecer, y soy uno de los hombres á quienes más ha favorecido el almirante. Pero ved lo que es el mundo... Muchas veces creo que al ver que le abandoné, que no fui con él á España cuando le llevaron encadenado, que no le acompañé en su expe-

dicion al tocar en Santo Domingo últimamente, creo, repito, que pensará de mí que soy un ingrato. Y sin embargo, si yo os contara...

—En primer lugar, buen Sagredo, estais equivocado. El almirante sabe quiénes son sus verdaderos amigos.

—Pero las apariencias...

—Las apariencias engañan siempre, y ningún hombre de valor se fia de ellas.

—Con vos quiero ser leal.

—¿Acaso no lo sois?

—No del todo.

—Explicáos.

—Yo me hallaba presente cuando el infame Bobadilla cometió el atentado de encadenar á Colon. Era uno de los más inmediatos servidores del almirante, y el primer impulso de mi corazón fué seguirle. Tuve miedo de que no le hicieran justicia, de que alcanzasen los tiros de la envidia que contra él fulminaban sus enemigos á los que más estrechamente unidos estaban á su persona, y obedeciendo en aquel instante, más que al afecto, al egoismo, me acerqué á Colon, y le dije: «Yo me quedo aquí para velar por vuestros intereses.» El creyó de buena fé mis palabras, y me respondió: «Tanquilo voy entonces.» Pero como las persecuciones de Bobadilla continuaron encarnizadas contra los amigos del almirante, tuve, para salvarme de su venganza, que fingirme dispuesto á hacer traicion al que hasta entonces me habia colmado de bondades.

—Yo, que os conozco á fondo, comprendo cuánto sufririais.

—Mucho, si... El sueño se alejó de mis ojos, la tranquilidad de mi alma... Habia obrado impulsado por el amor de la familia: pensaba en mi esposa, pensaba en mis hijos; esperaban verme llegar rico, dichoso, y tenia que realizar sus esperanzas á toda costa. Pero los que obedecen á malos pensamientos y tienen conciencia, hallan el castigo en su propia culpa.

Sagredo se detuvo, porque la emocion embargaba su voz.

Respuesto un poco, prosiguió:

—Bobadilla me llamó: «Habeis sido, me dijo, el mayordomo del almirante; teneis noticia exacta de las tierras que se ha apropiado, de las cantidades de oro que ha reunido. Es necesario que me deis cuenta detallada de todo, que cuando llegue el caso declareis contra él en el proceso que se le formará. De lo contrario, sereis considerado como traidor, como cómplice suyo, y os alcanzará su castigo.

—¿Y que hicisteis?—preguntó Mendez.

Sagredo miró en torno suyo, como si temiera que le oyesen.

—¡Oh! Entonces cumplí con mi deber. Supe que al dia siguiente partia un buque para España, y fingí acceder á los deseos de Bobadilla. Pero en aquel mismo instante me encerré en mi cuarto, cavé un hoyo ancho y profundo en el suelo, enterré en él la mayor parte de las riquezas de mi señor, sus más importantes papeles, cubrí perfectamente el hoyo,

busqué á Bobadilla, le entregué bajo recibo, para mi salvaguardia, algunos de los objetos que yo custodiaba, le dí á entender que el almirante habia enterado el oro en la Isabela, y me manifesté dispuesto á declarar contra él todo cuanto quisiera. Aquella misma noche partí á buscar al capitán del buque que debia darse á la vela; era antiguo amigo mio, le hablé, se condolió de mi situacion, y me acogió á bordo.

—¿Luego fuisteis á España casi al mismo tiempo que el almirante?

—Un mes despues llegué.

—¿Pero no os presentásteis á él?

—No.

—¿Por qué?

—Mi conciencia me decia que habia obrado mal, y no tuve valor para ponerme en su presencia.

—Sin embargo, habíais salvado gran parte de sus bienes.

—Necesitaba para ser digno de su aprecio salvarlos todos, vigilar de cerca á sus enemigos y parar los golpes que dirigieran contra él.

—¿Y lo habeis hecho?

—Sí.

—Hablad... hablad.

—¡Ah! Sí, quiero contaros todo lo que me ha pasado, porque es extraordinario.

Mendez oyó con la mayor atencion, porque cuanto iba á referirle Sagredo era importante para el logro de sus fines.

—Oculto entre la muchedumbre,—prosiguió Sa-

gredo,—vi al almirante embarcarse en Cádiz para emprender el cuarto viaje.

Vos le acompañabais.

Sus hijos, su familia, acudieron á despedirle.

Entre las personas más queridas de su corazón, estaba Villejo, el noble oficial á quien todos estimaban, porque al mismo tiempo que habia cumplido con su deber, habia guardado al prisionero todas las atenciones que inspiran el afecto y la consideracion.

Con el alma transida de dolor por no haber podido besar aquella mano que tantos beneficios me habia dispensado, y más resuelto que nunca á redimir mi culpa, partí á Granada, donde estaba la corte, con el objeto de acercarme al hijo de Colon, de observar de cerca al obispo Fonseca, y de vigilar atentamente á todos los enemigos del gran hombre.

No bien llegué, supe con verdadera pena la inmensa desgracia que habia ocurrido á la santa mujer que servia de madre á los hijos del almirante.

—¿A doña Inés?

—Sí.

—Decid... decid que le pasó.

—¿Colon lo ignora?

—Ninguna noticia de semejante desventura ha llegado hasta él.

—Pues bien, oid. Al separarse de Colon, se adelantó su hijo. Doña Inés, Isabel y Villejo hicieron noche en una posada, y una infame mujer, una gitana, tendió un lazo al valiente soldado. Le buscó, le anunció que unos bandidos se habian apoderado del hijo

mayor del almirante, y le indicó el paraje en donde le tenían encerrado, todo con ánimo de separarle de doña Inés y de su hija.

—¡Miserable!

—Aún hubo más. Apenas las vió solas, robó á la niña y arrojó sobre los ojos de su madre un líquido infernal, que la dejó ciega para siempre.

—Pero esa infame caeria en poder de la justicia y pagaria con una muerte terrible su martirio.

—No; pudo ocultarse, y guardó tambien á la pobre niña de tal manera, que cuantas pesquisas se hicieron para descubrirla fueron inútiles.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Diego Mendez.—Si estas tristes noticias hubieran llegado á conocimientos del almirante en la situacion en que se ha hallado, en que aún se halla, hubieran acabado con él.

—Villejo,—prosiguió Sagredo,—debía unirse con Isabel, y al perder la esperanza de recobrarla, se consagró á velar por su pobre madre. Regresaron á Granada; la reina se enteró de lo que habia sucedido, y dió órdenes terminantes á la Santa Hermandad para que buscara á la jóven y á su raptora.

—¿Y al fin la hallaron?

—No.

—¿Tan impotente es la justicia?

—Todo hacia creer que poderosas influencias contribuian á que la jóven permaneciese secuestrada.

—¿Pero qué delito habia cometido para sufrir tanta crueldad?

—Ser uno de los seres á quienes más amaba el almirante, hallarse destinada á ser esposa de Villejo, cuya adhesion á Colón irritaba profundamente á los antiguos protectores del valiente soldado.

—¿Y no lograsteis averiguar qué influencia era esa?...

—Yo conocia á Villejo, y procuré hacerme el enconradizo. Mi objeto principal era que me llevase á la presencia del hijo de Colón, que, como sabeis, era paje de la reina. No tardé en conseguirlo, y entonces hablé á este con sinceridad, le dije quién era, lo que habia hecho, y le manifesté mi deseo de consagrar toda mi vida á reparar la falta de un momento. Para llevar á cabo mis planes con buen éxito, procuré entrar en relaciones con don Antonio Aguado, uno de los privados de Fonseca y enemigo irreconciliable de Colón.

—Le conozco demasiado.

—Me presenté á él como traidor, y no tardó en caer en el lazo. Llegó á tener tal confianza en mí, que me nombró su mayordomo y me hospedó en su casa. Gracias á esto adquirí un dato, que es muy posible que á estas fechas haya servido para devolver la llorada hija á los brazos de su angustiado padre.

—¡Ah!... Contadme todo eso,—dijo Mendez.—Mi curiosidad y mi interés crecen á medida que avanza vuestro relato.

Hubo, sin embargo, una pausa.

El indio les sirvió algunos alimentos, y despues de

terminar su frugal comida, reanudaron los dos amigos su interrumpida conversacion.

Como por ella van á saber nuestros lectores algo acerca de Isabel, de su madre y de Villejo; como van á enterarse al mismo tiempo de los planes que habian llevado á Sagredo á la Española, de los acuerdos que Diego Mendez y él tomaron para salvar al almirante, voy á reproducirla.

Capitulo LXXV.

Donde por carambola se sabe algo del pasado, y se adivina un poco el porvenir.

—Yo,—prosiguió Sagredo,—observé que Aguado era víctima de un profundo pesar. La fortuna le sonreia, y sin embargo, no era dichoso; una pena continua turbaba su sueño. A fuerza de indagar la causa de su tormento, pude saber que consistia en una pasion desgraciada.

—¡Una pasion aquel hombre, incapaz de abrigar en su pecho más que la vanidad y la codicia!

—La Providencia castiga de muchos modos. Una dueña habladora me contó que su amo se habia prendado de una mujer jóven, que habia querido seducirla; pero que la muchacha habia tomado tal ascendiente sobre él, que le ponía más sumiso que un esclavo con sólo su mirada.